



I.C. PEREA  
JOSÉ PEREA DEL PINO

BANSHEES  
LAS PORTADORAS DE  
LA  
MUERTE

CAPITULO I  
LUJURIA EN PANDEMONIUM





I.C. PEREA  
JOSÉ PEREA DEL PINO

BANSHEES  
LAS PORTADORAS  
LA  
MUERT

LUJURIA EN PANDEMÓNIUM

BANSHEES  
LAS PORTADORAS DE  
LA  
MUERTE

I.C. PEREA Y JOSÉ PEREA DEL PINO

Título: Banshees, Las portadoras de la muerte.

Capítulo 1 : Lujuria en Pandemónium.

© 2018, I.C. Clara Perea y José Perea del Pino

©De los textos: José Perea del Pino

Imagen de la portada libre de derechos de autor

Revisión de estilo: <http://www.mystilus.com>

1ª edición

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio sin permiso expreso de su autor.

## *Lujuria en pandemónium*

La mañana era lluviosa. Las finas gotas de agua explotaban en el paraguas de Maya a un ritmo frenético. Caminar bajo la lluvia con sus cascos puestos escuchando música la ayudaban a acallar las constantes voces de su cabeza. Esas voces. Las malditas voces advirtiéndola, prediciéndola de la cercanía de la muerte.

Quería silenciarlas. No quería escucharlas más. La predicción de tanta muerte la cansaban, y nada era suficiente para acallarlas. Ni la música, ni el alcohol, ni el sexo, ni las drogas...

Maya era una banshee. Una condición que la avisaban con siniestras voces en su cabeza la cercanía de la muerte. Cada vez que aparecían, una persona moría o estaba cerca de hacerlo. Desde los diecisiete años las escuchaba; no tuvo ni un momento de paz.

Cada medio siglo nacía una banshee en su familia, y le tocó a ella. Maldecía su suerte, ¿por qué a ella? No quería esas habilidades, más bien, esos malos augurios. Nadie le explicó cómo utilizar esas premoniciones, ni que hacer con ellas..., nadie la ayudó a controlarlas, nadie la enseñó como vivir así.

Su antecesora era la persona con la obligación de guiarla en ese camino: la mentora tenía que ser su abuela. Pero apenas pudo enseñarle nada. Murió antes de contarle todo lo referente a las banshees. Recordaba algunos cuentos e historias, pero nada más. No la formó ni la instruyó en el manejo del poder que sostenía sobre sus hombros.

La primera premonición de Maya fue el día más duro de su vida. Sus poderes aparecieron la misma noche que murió su abuela. Se despertó sobresaltada. Expulsó un grito agudo e intensísimo que la sacudió con fiereza; fue un grito de dolor. Los cristales de la ventana de la habitación explotaron por el lamento y las paredes se agitaron.

Seguidamente, el grito de su abuela se escuchó. Era como si respondiera al de Maya. Fue lo último que pudo oír. Comprendió en ese mismo instante que su abuela se fue y que despertó sus poderes al hacerlo. Entendió que, con ese postrero grito terminal, se convirtió en lo que odiaría el resto de su vida: en una banshee.

Pasaron los años y ahí seguía Maya. Paseaba los días de lluvia escuchando música, salía de fiesta, bebía y se drogaba, ligaba con chicos... Pero las voces seguían allí, avisándola de que una muerte muy cercana estaba a punto de ocurrir.

\*\*\*

Cada día que pasaba aparecían más voces en su cabeza. Ese día, bajo la lluvia, sonaban más que nunca. Cerró el paraguas y dejó que el agua de la lluvia la refrescara para despejarse.

«¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? Yo no lo he pedido. Yo no lo quiero. Solo quiero una vida normal», pensaba constantemente. Tan persistentes y abrumadoras llegaban a ser las voces, que la locura intentaba abordarla sin piedad en muchas ocasiones. Sin saber cómo, la ahuyentaba de sus alrededores. Sabía a la perfección que, por culpa de la falta de sueño y descanso, esa demencia la empujaría por un precipicio de enajenación.

Salir a la calle nunca era buena idea. Ese día lo hizo por una razón. Entre todas las voces, escuchó una diferente. La escuchó en la lejanía. Era como un eco estridente que rebotaba en las paredes de una caja vacía. Por más que lo intentaba, no podía aislarla de las demás. Poco a poco, la voz se alzaba; parecía enfadarse por la ignorancia de Maya. Con tanta fuerza se alzaba en ocasiones que taladraba su cráneo. En uno de esos arrebatos, la entendió: «sal a la calle, déjate llevar por tus instintos».

Y lo hizo.

Caminaba por calles por las que nunca había pasado. Sin rumbo, sin un destino fijo. Con su paraguas cerrado bajo la lluvia. Alejada de la tranquilidad de su barrio en las afueras y adentrándose en un mundo de bares y clubs extraños.

Recordó que, tiempo atrás, una amiga le comentó que en aquellos pubs se podía conseguir, entre otras muchas cosas, remedios de brujas para lo que más necesitaba: dormir. Ella perdió la esperanza después de probar toda clase de cosas. Bebió hasta perder la consciencia, drogas derivadas de la morfina, medicamentos legales e ilegales... y nada. Las voces retumbaban más. Lo único que conseguía era un inútil y alargado atontamiento.

Se detuvo en frente de un escaparate. Observó con detenimiento su reflejo en la cristalera. Era consciente de su belleza. Vio con sus ojos de un azul profundo a una chica de veintitantos con un cuerpo esbelto, de piel blanquecina y una larga melena pelirroja. Un atractivo estropeado por su rostro destrozado por la tristeza y las enormes ojeras que surcaban los párpados de sus ojos hundidos. Todo debido al casi inexistente descanso. Esquivó su mirada de aquel reflejo y la clavó en el suelo. La molestó ver algo tan bonito deteriorado.

Continuó su rumbo sin rumbo. En algún momento dejó de llover y no se dio cuenta; estaba concentrada en acallar las voces. Contempló las nubes oscuras del cielo «¿cuándo ha parado de llover?», se preguntó. Se internó en un callejón. ¿Por qué se dirigió hasta aquel sitio? Solo la entrada tenía mala pinta, meterse allí fue una tontería. El olor era insoportable, la lluvia infectó al ambiente de una humedad pútrida y las paredes parecían pintadas con mugre asquerosa. ¿Qué hacía allí?

Con más miedo que otra cosa, siguió adentrándose. El ruido de una aglomeración de personas al final de la pequeña calle roñosa, llamó su atención. Una expectación desmedida la internó en la oscuridad hasta que vio la luz de un cartel de neón. Era un pub o alguna clase de club. Había gente esperando para entrar.

La curiosidad galopaba ya por sus venas. Un escalofrío recorrió su cuerpo y todos los vellos de su piel se erizaron. No pudo controlarse y se aproximó hasta el juego de luces. El nombre de aquel pub, ni mucho menos, la tranquilizó. En el cartel de neón ponía *PANDEMONIUM*.

\*\*\*

La entrada estaba custodiada por un portento físico de piel oscura y aspecto extraño. Vestía con un traje negro típico de los *seguratas*. En la cola había gente de todas clases: góticos, moteros, elegante, formal... Maya supuso que el sitio era ideal para no llamar la atención.

Aun así, se echó una ojeada para ver cómo iba. No era de las que se arreglaban mucho, ¿o sí? No, no lo era, de todas maneras, no solía ir nunca

mal. Aunque se sentía un poco húmeda por la mojada de la lluvia, su pelo estaba casi seco. Ese día llevaba unos pantalones de cuero negro muy ceñidos que parecían su segunda piel, en la parte de arriba llevaba un top de cuello halter, también muy ceñido, y la espalda totalmente descubierta. Como al salir refrescaba se puso su chaqueta de cuero. Y, por supuesto, sus botas militares DR MARTINS; le encantaban esas botas. «No, pues no voy tan mal», se dijo.

Al ponerse en la cola para entrar tropezó con un desconocido. Intentó disculparse, pero al observarlo, se quedó muda. Aquel hombre alto, moreno y con unos profundos y enigmáticos ojos verdes, sonreía de forma pícaro mientras la sujetaba por los hombros para que no cayera en el encontronazo.

Maya permaneció un instante ensimismada, sin palabras. La imagen de aquel hombre la intimidó. Su corazón latía con rapidez y su mente... ¿nada? ¡No escuchaba nada! ¿Y las voces? ¿Dónde estaban? De la timidez pasó a la consternación en una milésima de segundo.

Después de estabilizarla, aquel enigmático desconocido se dio la vuelta y entró en el pub tras hacer un gesto familiar al portero. Las voces volvieron como un tsunami cuando las puertas se cerraron. «¿Qué ha pasado?» se preguntó Maya con las manos en la cabeza. Ahora sí, de una forma u otra, tenía que entrar en el local. El sexo con chicos atenuaba las malditas voces, pero nunca desaparecían. Aquel extraño, con tan solo tocarla, las hizo desaparecer... necesitaba una explicación.

En la media hora que esperó para entrar, sintió como todas las personas, tanto las que esperaban en la cola como las que salían del local, la observaban. Se equivocó a pensar que pasaría desapercibida. Sobre todo, el gorila de la puerta, que la miraba de arriba abajo de forma extraña; no la perdía de vista. Se sentía incomoda. Había algo diferente en aquella mirada. «Es la primera vez que vengo a este sitio, así que es normal que me miren; soy la nueva».

Aguardó con paciencia su turno. Por un momento, creyó que aquel grandullón de piel oscura no la dejaría entrar. Pero cuando llegó a la puerta, después de oírla una última vez, retiró la cinta que cortaba el paso y, con un movimiento rápido con el mentón, indicó que pasara.

Maya se relajó, se quitó un peso de lo alto. Se irguió, contenta. Aceleró el paso y agradeció al grandullón su acceso posándole la mano en el hombro de forma cariñosa. Ese ligero contacto fue la señal que adquirió una de las voces para alzarse con un lamento agónico. Se quedó helada,



estupefacta. Maya sabía que significaba ese quejido pavoroso: la muerte estaba cerca, muy cerca. Miró a los ojos al portero. Una gran pena la apabulló. Él era el causante de ese fatídico momento, él sería el objetivo de la guadaña de la muerte.

—¡Ey! —dijo Maya dirigiéndose al seguridad— Cuídate, por favor, protege tu vida —finalizó con voz temblorosa.

A pesar de la rareza amenazante de las palabras de Maya, el portero siguió firme, sin sorprenderse. En cambio, su rostro mostró temor. Maya lo miraba con expectación, ¿hizo bien? No conocía a ese hombre de nada; lo que dijo, lo dijo impulsivamente.

La seriedad fue lo siguiente que transmitió el hombre. Hasta que sus ojos, negros como su piel, tomaron una tonalidad rojiza.

—¿Pero qué demonios...? —exclamó Maya, aturdida.

—Pase señorita, disfrute de su primera noche en Pandemónium —se apresuró a decir el portero.

\*\*\*

¿Qué significó aquella mirada? Maya no esperó a preguntárselo. Entró en el local, apresurada. Dejó su chaqueta en el guardarropa aún desconcertada. Desde allí, ya podía oír la música. Le gustó. No era la típica música alta y estridente, era más suave. A un volumen justo para mantener una conversación y un baile sensual al mismo tiempo. Lo último que se hubiera imaginado, era encontrar un lugar así en un sitio como ese.

Empujó unas puertas abatibles que la separaban de la sala principal. La opinión que se creó sobre ese lugar, se acentuó al contemplar el interior. Estaba en el piso de arriba de una gran estancia circular repleta de gente por todos lados. En la pista de abajo se notaba que la música era ideal para las personas que la utilizaban. La temperatura era perfecta y olía a fragancias seductoras.

Desde donde estaba podía observarlo todo. Se percató de la existencia de un piso superior con puertas cerradas; pensó que serían reservados. Los techos eran altísimos. Grandes lámparas de araña con cientos de cristales cada una, adornaban la enorme sala de una deliciosa luz tenue. Todos los

pisos estaban conectados por una única vía de acceso: una amplia escalera que se bifurcaba a derecha e izquierda en el pisco central.

Siguió estudiando la sala mientras bajaba. Al sujetarse a la barandilla de la escalera, el frío del hierro se transmitió a sus manos; le chocó el precioso intrincado del antepecho. Bordeó la pista de baile. Distinguió varias barras atendidas por camareros y camareras sexis y atractivos, y pequeñas mesas y sillas para sentarse. Al fondo, diferenció una zona con sillones y sofás separados con enormes y pesadas cortinas de terciopelo rojas. Allí, la luz, era aún más tenue, más... sugerente. Por todos lados había accesorios decorativos en tonos dorados, rojos y blancos envejecidos.

—¿Cómo es posible que un sitio como este, esté tan escondido? — preguntó en voz baja a nadie en particular.

Se le apetecía tomar una copa. Era extraño, pero el volumen de las voces disminuyó considerablemente hasta convertirse en simples murmullos. Todo allí era distinto y nuevo. Nunca se sintió así, siempre había sufrido la molestia de los dañinos vocablos martilleando su cráneo. Ahora no, ahora eran diminutos susurros. ¿Qué estaba pasando?

De entre todas las sensaciones nuevas que experimentaba, hubo una que se acentuó cada vez más hasta hacerse gigantesca. La vigilaban. Lo percibía, y se convirtió en un incordio. Se le erizaban los vellos de la nuca. De incordio pasó a molestia; la piel le abrasaba. Lo lógico sería salir corriendo, pero algo la impulsó a quedarse.

Se hizo un sitio en un extremo de la barra, pidió una copa y se sentó en un taburete. Tenía calor. Contemplaba con admiración a la concurrencia de su alrededor. Hombres y mujeres, mujeres y hombres, mujeres y mujeres, hombres con hombres... todos bailaban con movimientos delicados y lujuriosos. Roces, contactos, susurros a los oídos, gestos afectuosos... todo mezclado con el clima embriagador que existía en la sala, creando un ambiente repleto de deseos fascinantemente calientes.

Algunas parejas se sentaban en las mesas pequeñas y seguían con su particular cortejo. Otras se retiraban a la zona de los sofás y cerraban las cortinas. El calor aumentaba en Maya cuando imaginaba lo que ocurría detrás de ellas. Se excitaba. Era genial. Aquel lugar hacía que las voces de su cabeza disminuyeran. Se podía relajar y disfrutar un poco.

Estuvo varias horas sentada en aquel taburete; perdió la noción del tiempo. Se deleitaba del espectáculo que tenía delante. Seguía con la

sensación de que la vigilaban. De vez en cuando, buscaba a algún ojo clavado en ella. Pero nada, no encontraba nada. Cada ser allí, iba a su rollo.

Creía que se intensificaba más la observación sobre ella. Era raro, pero comenzó a gustarle ser el objetivo principal de algún espionaje. La música, las personas rozándose... cada segundo que pasaba, más se acaloraba. Tuvo que cerrar los ojos al sentir como unas caricias recorrían con parsimonia su cuerpo. Se asemejaban a la yema de unos dedos deslizándose por su piel. ¿Acaso era su imaginación? La respiración se le aceleró y sus mejillas se ruborizaron. Su cuerpo deseaba más calor. Lo mejor de todo era que aquel roce fantasioso atenuaba cada vez más las voces.

«¿Qué me pasa? ¿Ya estoy borracha? Es imposible, estoy con la segunda copa. Ya sé, me han echado algo en la bebida. Tiene que ser eso, ¿cómo si no me estoy poniendo tan cachonda?»

No podía sopórtalo más. La ropa le sobraba, su cuerpo palpitaba... y una parte determinada en la entrepierna necesitaba una atención exclusiva urgente. Esa calentura sexual ascendía y ascendía desde su interior y se extendía por todo su organismo. Creyó que las parejas a su alrededor la observaban; nada de eso, era solo su impresión. Miró de un lado a otro y todos estaban sumergidos en un océano de excitación y pasión. Se estimulaban los sentimientos a base de susurros fogosos y contactos ardientes.

Maya se levantó y se mezcló entre aquella multitud encendida. Se detuvo en medio de la pista. Un destello verde llamó su atención desde arriba. No lo podía creer. Unos ojos de un verde resplandeciente la acechaban como un depredador a su presa. Brillaban como dos luceros en medio de un firmamento oscuro. Las voces se marcharon, desaparecieron por completo. Solo estaban ella... y los ojos luminosos.

«Esos ojos..., esos ojos... son del chico de la puerta. Lo veo a la perfección. Es grande y de hombros anchos, sí. Se ve musculado, pero no tanto. ¡Por Dios! ¡Es guapísimo! El suelo de cualquier mujer se abriría bajo sus pies y caería en un abismo».

\*\*\*

Aquella imagen del adonis absoluto aumentó, aún más, la temperatura en ella. Retrocedió hasta su taburete sin apartar la mirada en los ojos verdes brillantes. Se sentó, se cruzó de piernas... y aquel leve roce de los muslos casi le produjo un orgasmo. Su cuerpo estaba desbocado, necesitaba sexo. Y si no lo tenía pronto se derretiría allí mismo.

La confusión era desmesurada. Más aún, cuando una voz nació en su cabeza. No era como las demás; era profunda y ronca. Las caricias por su cuerpo se intensificaron en el instante que apareció.

—Ven, Maya...

Las palabras la estremecieron de placer hasta tal punto, que se dirigió a toda prisa a la salida asustada. Nunca, ninguna de las voces, la habían trastornado tanto. Esa situación era un disparate desde que entró en aquel lugar. Tenía que salir de allí.

Empujaba a todos a su paso. Los ojos verdes la seguían; no la perdían de vista. Subir las escaleras le producía pequeñas dosis de un gozo nunca conocido, que ascendían desde su órgano carnoso eréctil hasta su lengua, viajando antes por la piel de su ombligo y bordeando sus senos. Respiraba con ansiedad, agitada. Miraba atrás y allí estaban, esos destellos verdes. Sujetó con fuerza la baranda; casi tiene un orgasmo... otra vez. «Me voy... me voy... me voy de aquí», se dijo.

Aceleró el ritmo y subió lo que quedaba de escalera a un ritmo frenético. Cada escalón era un deleite, cada mirada atrás un delirio embriagador. Llegó a la puerta que separaba la sala del guardarropa casi sin energías. Solo quería salir de allí. Antes de atravesarlas, sin poder evitarlo, miró otra vez atrás, a aquellos ojos verdes.

—Pronto Maya, pronto volverás a mí.

Todo el cuerpo de Maya tembló. Las plantas de sus pies se calentaron hasta transformarse en un hormigueo que fue subiendo hasta sus piernas tensas, después siguió ascendiendo hasta su vientre... hasta que se produjo una especie de explosión de placer que descontracturó su cuerpo. Fue como si un relámpago pasara por su columna vertebral y acabara en su estómago. Unos espasmos ultrasensibles de excitación aparecieron. La zona de su entrepierna se humedeció. Se tocó. Un líquido cálido se estaba calando en la tela del pantalón... Expulsó un gemido desde lo más profundo. No fue un

gemido cualquiera. Fue un leve sonido apasionado y fogoso capaz de reventar la bragueta de un hombre al escucharlo.

Se corrió. Eso fue lo que pasó. Tuvo el mejor orgasmo de su vida...

«Me voy de aquí», se dijo de nuevo, exhausta.

Abrió las puertas como un ciclón, cogió su chaqueta y salió al callejón. La realidad volvió... la verdadera realidad... su verdadera realidad. Las voces regresaron, y con más fuerza todavía. Al menos, el frescor de la noche alivió un poco la calentura que tenía. Le costó un buen rato acostumbrarse de nuevo al caos mental que soportaba. Mientras se dirigía a casa encajó algunas piezas de aquel puzle que empezaba a enrevesarse.

«Posiblemente, ir al Pandemónium era lo que quería la voz que me convenció para salir de mi casa. Y, casi con total probabilidad, era la misma del dueño de los ojos verdes felinos. No sé por qué quería que fuese hasta allí. No lo sé... no lo sé... Ahora solo quiero llegar a casa, darme un baño y... masturbarme tranquila».

\*\*\*

Los sueños que tuvo Maya esa noche fueron extremadamente extraños. Uno tras otro se reiniciaba. Su abuela aparecía intentando decir algo, pero no podía. Soñó con el hombre del Pandemónium. Se veía junta a él. Se tocaban; ella lo sentía como si fuera real. Su cuerpo se retorció en la cama. Escuchaba su voz ronca y profunda, la oía decir que pronto volvería a él.

Sin embargo, los sueños de su abuela volvieron. Y esta vez... la escuchó. Habló clara y concisa. Maya la entendió a la perfección. Tenía que ir a la casa de campo de su bisabuela Abril. Maya se despertó sobresaltada. Sin esperar un segundo, hizo la maleta y se fue.

En el garaje la esperaba su único lujo. Podía tener muchos, ya que su abuela poseía un patrimonio millonario que le dejó al morir. Si quisiera, podría vivir cientos de vidas holgadamente sin dar un palo al agua. Pero no era una chica ostentosa. Menos por una cosa: su MV Augusta Brutale 800, el único lujo que la esperaba en el garaje. Una moto que aumentaba su adrenalina hasta tal punto, que se desentendía de las voces de su cabeza por



momentos. Después de comprarse la moto, dejó que sus padres se encargaran del negocio empresarial de su abuela. Algo que los separaba por largas temporadas. No obstante, estaban en contacto todos los días mediante Skype.

El negocio principal que sustentaba la enorme riqueza de Maya era la venta de armas. Aunque pudiera sonar ilegal, no lo era para nada. Fabricaban y vendían armas homologadas por el gobierno a grandes empresas internacionales de seguridad privada. Pagaban grandes tasas de impuestos, pero los beneficios eran increíbles.

A fin de cuentas, Maya no quería, ni por un momento, dedicarse a ese negocio. Por eso, pensó que lo mejor sería venderlo y vivir la vida sin preocupaciones. Cora y Teo, sus padres, discreparon de su opinión. Le propusieron que ellos serían los encargados de llevar la empresa adelante.

Maya aceptó.

Se arrepintió muchas veces, mas que nada, por esas largas temporadas que se quedaba sin verlos. Con el tiempo, se acostumbró y aprendió a disfrutar de la compañía de ellos cuando podía. Sus momentos favoritos eran frente a la chimenea con una copa de vino, contándose sus vidas...

Antes de irse a la casa de campo, les propuso pasar allí unos días juntos. Sus padres aceptaron. Maya se alegró muchísimo y emprendió el camino con ánimos renovados.

La carretera que llevaba a la casa de campo zigzagueaba desorbitadamente. Era poco transitada. Maya conocía esos tramos a la perfección. Apretaba el acelerador. La velocidad a la que cogía esas curvas era verdaderamente peligrosa. No le importaba. Con su casco bien sujeto y su mono motero ceñido se sentía segura; y sus auriculares expulsando música la concentraban en el asfalto.

Casi al final del trayecto relajó a la máquina. El paisaje era precioso y decidió disfrutar de él. Se quitó el casco en marcha y se irguió un poco para que la brisa le diera en la cara. Era su momento.

“Partition”, de Beyoncé, comenzó a sonar. Esa música seductora trasladó su mente hasta el Pandemónium. Se encontraba en medio de la pista de baile, con la mirada fija en los ojos verdes felinos. Su cuerpo se estremeció. La vibración del motor que llevaba entre las piernas incrementó la sensación de lujuria. Las palabras de aquel desconocido resonaron de nuevo en su cabeza.

—Pronto Maya, pronto volverás a mi...

El principio de un orgasmo trajo su cabeza de vuelta. No lo quería en su mente. Su moto la ayudaría; sacudió la cabeza y aceleró otra vez.

\*\*\*

Llegó a villa Abril a medio día. Era una mansión lujosa rodeada de esplendorosos jardines. Después de acomodar sus cosas en su habitación habitual bajó a la piscina del jardín. Se tumbó en una cama balinesa con cortinas blancas. Desde allí podía disfrutar de los bosques y montañas en primera fila; era un paisaje que muchos pagarían por ver. Si no fuera por el desconcierto de su cabeza, en ese sitio solo reinaría la paz.

Recordó una historia de su abuela. Se la contó cuando era pequeña. En ella narró que la villa se llamaba así en honor a su bisabuela, Abril. Fue una de las banshee más importantes, de un linaje poderoso... un linaje al que ellas pertenecían.

«Tu bisabuela Abril predijo la muerte del rey brujo Brian Boru a comienzos del siglo XI. Boru murió al poco tiempo en la Batalla de Clontarf. La familia real tomó aquella predicción como una confesión de asesinato, así, tal cual. En lugar de jurar venganza contra el asesino verdadero de Boru, la juraron contra Abril. La persiguieron durante años por todo el mundo. Tal sed de sangre se transmitió hasta los descendientes de hoy en día. Por esa razón, no nos encontramos en nuestra tierra natal: Irlanda».

Maya era consciente de que los descendientes de Brian Boru todavía las perseguían. Su abuela le informó de que sus poderes eran capaces de desenmascarar a cualquier miembro de la familia Boru, pero aún no sabía cómo. Hasta entonces, debía ocultarse..., por su bien.

La impresión de Maya era que su abuela no contó toda la historia, y su inesperada muerte no ayudó a corroborarla. Invirtió mucho tiempo en investigar sobre ese dichoso pasado, pero no descubrió nada. A pesar de ello, estaba segura de que había más.

El resto del día lo pasó paseando por la finca. Reflexionaba mientras disfrutaba de la naturaleza que ofrecía aquel enorme inmueble.

«¿Por qué he tenido el impulso de venir aquí? ¿Solo lo he hecho por el sueño? Ya estoy cansada de reprimir estos impulsos, de negármelos... he de averiguar qué hay detrás de todo esto. Quizás me ayude a acallar las voces y a manejar los poderes de las banshee».

Al anochecer, después de cenar, decidió ir a la biblioteca. Solía pasar mucho tiempo con su abuela en aquella enorme estancia repleta de gigantescas estanterías repletas de libros. Se sentaban junto al gran ventanal de la sala y leían juntas durante horas.

Maya recordaba como su abuela pasaba mucho tiempo en un escritorio. Siempre estaba estudiando libros o manejando su portátil. Una estantería se alzaba hasta el techo detrás de la mesa. Los volúmenes que contenía eran mucho más antiguos; una capa de polvo notoria los cubría. En la actualidad sería imposible encontrar muchos de ellos.

El escritorio fue el primer destino de Maya nada más entrar en la biblioteca. Recordó el trabajo que le costó ir allí después de morir su abuela; estaba muy unida a ella. Se limpió una solitaria lágrima que se le escapó. Sus ojos recorrieron toda la superficie de la mesa sin que le llamara nada la atención. Después, alzó la cabeza y observó los libros que tenía en frente. Nada. Los mismos tomos antiguos y adornos extraños de su abuela.

Centró su mirada un poco más arriba, en la parte central de la librería, era... distinta. Arrugó los ojos y concentró su mirada en el marco de madera que separaba los anaqueles. Se dio cuenta de que había unos símbolos raros grabados. Eran pequeños, pero los veía. No los reconocía.

—¿Cómo no los he visto antes? —susurró para sí misma— Que extraño. Estoy segura de que no estaban ahí la última vez que estuve aquí. Aunque de eso hace años, quizás no lo recuerde...

Se montó en el escritorio. La curiosidad la dominaba. Examinó los símbolos con detenimiento. Eran totalmente nuevos para ella; no tenía ni idea de lo que simbolizaban.

Se abstraigo de todo durante un rato. Memorizaba cada trazo, ensimismada. Su concentración llegó hasta tal punto que las voces de su cabeza se acallaron hasta convertirse en lejano murmullo. Maya seguía a lo suyo, absorta en aquellos signos. Se acercó más, se puso de puntilla sobre el escritorio. Quería verlos más de cerca. Apoyó un pie en una de las tablas de la estantería y acercó su rostro. Llamaba su atención. No podía evitarlo. Se sumergió en un trance misterioso y desconocido.

El silencio en la sala se rompía con el crujir de los tablones de las estanterías al sostener el peso de Maya. Arrugó los ojos para forzar más la vista. Algo comenzó a pasar. Los símbolos comenzaban a iluminarse. Progresivamente se encendió en ellos una luz de un brillo abrasador. Aquella luminiscencia se transformó en unas palabras que se grabaron en su mente de un golpe seco.

Maya cayó hacia atrás, se golpeó la cabeza con el suelo y se desmayó. Se desvaneció en un sueño...

Caminaba de nuevo por el callejón húmedo y lleno de mugre aquel día de lluvia. Al fondo, el cartel de neón luminoso emitía un brillo diferente. Andaba con esfuerzo y lentitud, como si avanzará por un lodazal. Todo parecía real. El olor a podrido, el ambiente cargado... Al fin, llegó al rótulo brillante. Las palabras habían cambiado: era el significado de los símbolos de la estantería.

“ENCUENTRALO. ÉL TE AYUDARÁ A SABER QUIEN ERES”.

A Maya le daba vueltas la cabeza. ¿A quién tenía que encontrar? No entendía nada. Siguió adelante. Nadie esperaba para entrar. En cambio, el grandullón de la puerta sí parecía esperarla. El granate de sus ojos brillaba descaradamente.

—Bienvenida al Pandemónium de nuevo, señorita. El caballero la está esperando —el portero se expresó con tranquilidad y educación. Hizo una pequeña reverencia con la cabeza y desenganchó la cinta para que pudiera entrar.

Maya se detuvo unos instantes, pensativa.

—Al carajo, solo es un sueño —dijo mientras entraba en el Pandemónium.

**FIN. LUJURIA EN PANDEMONIUM.**